

Richard Gerver

Crear hoy la escuela del mañana

La educación y el futuro
de nuestros hijos

Prólogo de *sir* Ken Robinson

biblioteca
INNOVACIÓN
EDUCATIVA



Título original: *Creating tomorrow's schools today*
Continuum International Publishing Group, 2010

Dirección del proyecto: Adolfo Sillóniz
Diseño: Dirección de Arte Corporativa de SM
Edición: Sonia Cáliz
Corrección: Ricardo Ramírez

© Autor: Richard Gerver

Traducción del inglés: Carmen Valle

© Ediciones SM

Debido a la naturaleza dinámica de internet, Ediciones SM no puede responsabilizarse por los cambios o las modificaciones en las direcciones y los contenidos de los sitios web a los que remite en este libro.

ISBN: 978-84-675-5653-7

Depósito legal: M-17896-2012

Impreso en UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

AGRADECIMIENTOS	5
PRÓLOGO de <i>sir Ken Robinson</i>	7
INTRODUCCIÓN. Un imperativo moral	11
PARTE 1. El desafío	15
Capítulo 1. La educación en un mundo cambiante. La necesidad del cambio	17
Capítulo 2. Aprovechar el potencial de nuestros hijos. ¿Apreciamos su verdadero potencial?	27
Capítulo 3. Lograr que la escuela importe. “Vender” la escuela a nuestros hijos	35
Capítulo 4. Lo positivo del fracaso. Cometer errores marca la diferencia	43
Capítulo 5. ¿Para quién creamos nuestras escuelas? Asegurarnos de que el centro son nuestros chicos	51
Capítulo 6. ¿Qué importa más? Debate entre conocimientos y destrezas	61
Capítulo 7. El mundo más allá de los muros de la escuela. Crear contextos reales para el aprendizaje	71
Capítulo 8. El modelo industrial de escolarización. Por qué nuestro sistema está anticuado	79
Capítulo 9. ¿Están preparados para el futuro? ¿De verdad proporcionamos a nuestros hijos las mejores oportunidades?	87
Capítulo 10. ¡Conseguir que la escuela sea mágica! Cómo convertir la escuela en el lugar más deseado	93
Capítulo 11. Derribar los muros. Educar con la comunidad	101
Capítulo 12. El camino hacia delante. Resumen de la parte 1 y planteamiento de la parte 2	107
PARTE 2. Cómo podría ser	113
Capítulo 13. Construir una visión de futuro. La reflexión que creó el “método Grange”	115
Capítulo 14. Desarrollo integral del niño. Situar el desarrollo personal en el centro	125
Capítulo 15. Más allá de las asignaturas. Un enfoque temático	133
Capítulo 16. El proyecto Grangeton. Aprendizaje en tres dimensiones	147
Capítulo 17. Un programa de estudios con todos los talentos. Nutrir a cada individuo y encontrar lo que le hace reaccionar	157
Capítulo 18. Hacia lo desconocido. Más allá de este libro	163
EPÍLOGO. Liderar el camino hacia lo desconocido	169
BIBLIOGRAFÍA	173
WEBS DE INTERÉS	175

A Lynne, Bethany y Andrew, con todo mi cariño.

Agradecimientos

Con amor y agradecimiento, a mi familia y a las personas que me han ayudado a descubrir mi futuro.

Gracias de corazón a todas las personas que me han animado y que han creído en mí. A quienes me han guiado, a los niños a los que he enseñado y que me han enseñado. A los muchos expertos que me han ayudado a aprender el oficio de enseñar y la complejidad del desarrollo infantil.

En particular, mi agradecimiento a *sir* Ken Robinson, mi mentor e inspirador; a Brendan Barns y a su equipo de Speakers for Business; a James Hilton y Anne Riler, amigos y antiguos colegas, que me proporcionaron la libertad para desarrollar mi primera filosofía como maestro.

Gracias también a toda la gente de la editorial Continuum.

A Les Seymour, por las fotografías y, lo que es más importante, por su sabiduría.

Por último, un reconocimiento especial para los extraordinarios alumnos, personal, miembros del Consejo escolar, padres y madres de la Escuela Primaria Grange, en Long Eaton, que fueron quienes verdaderamente construyeron este libro por medio de sus acciones, su creatividad y su compromiso.

Prólogo

La civilización, como afirmó de manera memorable H. G. Wells, es una carrera entre la educación y la catástrofe. Si debe vencer la educación, tenemos que elevar de manera urgente el ritmo del cambio en nuestras escuelas. La mayor parte de los sistemas educativos del mundo están en proceso de reforma. Pero la reforma no basta. La verdad es que necesitamos una transformación total de los principios y procesos de la educación pública. Mi propio trabajo se ha centrado en la transformación educativa, y de ella trata este libro de Richard Gerver.

Como especie y como planeta, nos enfrentamos a desafíos sin precedente en la historia humana. En parte se deben a un rápido crecimiento poblacional y a las enormes tensiones que nuestros apetitos, al parecer insaciables, provocan en los recursos naturales de la tierra. Se deben asimismo a la impredecible interacción entre culturas humanas que generan innovaciones cada vez más aceleradas en ciencia y tecnología. Muchos de esos retos son resultado directo de las convulsiones globales provocadas por la revolución industrial, que continúan reverberando por todo el planeta. Nuestra generación y las que estamos educando tienen que enfrentarse a esos desafíos en este preciso momento. El problema es que los modelos de educación dominantes, a través de los cuales estamos intentando abordarlos, se hallan anclados en los métodos y valores de la era industrial, que fueron los que dieron origen en primer lugar a muchos de esos problemas. Solo con hacer que estos sistemas funcionen de modo más eficiente no basta. Lo que necesitamos es un nuevo paradigma para la educación, en el sentido más estricto del término.

Los modelos industriales de educación son esencialmente impersonales. En su oferta educativa y en sus métodos docentes hacen hincapié en la homogeneidad, al tiempo que promueven la estandarización a la hora de evaluar. Y, con demasiada frecuencia, los sistemas nacionales de rendición de cuentas tratan a los estudiantes como materia prima y consideran las estadísticas como resultados. Se da por descontado que va a haber un alto grado de fracaso. Soy consciente de que estoy simplificando, pero no mucho. Uno puede hacerse una idea del grado de fracaso de estos modelos mirando los altos índices de fracaso escolar y de absentismo entre el alumnado, y de abandono de la profesión entre el personal docente, en particular de Secundaria, así como a través del rápido incremento de la prescripción de medicamentos para mantener dentro del sistema a alumnos de todas las edades.

Lo que estos modelos impersonales pasan por alto es que la educación es siempre, esencial e inevitablemente, personal. No puedo imaginarme que haya un niño en ningún lugar del mundo que se levante de la cama por las mañanas preguntándose qué puede hacer él para elevar los resultados en los test de lectura de su distrito escolar. Los alumnos aprenden mejor si se sienten implicados, si algo les interesa y les motiva personalmente; si esto no sucede, desconectan y se acabó. Esto siempre ha sido así. Es incluso más importante comprenderlo en este momento. Los jóvenes están viviendo el período de la historia humana más conectado y más impulsado por la información. Su facilidad para la tecnología y su apetito por construir redes ponen de manifiesto lo ansiosos que están por aprender, si se dan las condiciones adecuadas. Crear esas condiciones implica adaptar la educación a la medida de cada centro, de cada comunidad de alumnos, profesores, personal no docente y padres, aquí y ahora. De lo que este libro trata en realidad es de cómo abordar de manera creativa esa adaptación de la educación a cada caso concreto.

Actualmente, la educación desempeña cuatro funciones principales. La primera es *individual*. Todos los niños y niñas nacen con una capacidad natural inmensa para imaginar. Esto es lo normal en los seres humanos. Además de lo que comparten, cada uno posee sus propias aptitudes características, su personalidad y sus pasiones en potencia. Un objetivo de la educación ha de ser el de ayudar a que afloren las habilidades únicas de cada alumno y a hacerlas realidad, de manera que sean conscientes de ellas. La segunda función es *cultural*. La educación debería contribuir a que nuestros hijos comprendieran los logros y tradiciones de su propia comunidad y de otras, dentro de una ética de tolerancia y empatía. La tercera es económica: se trata de conseguir que todos los alumnos alcancen una independencia *económica* y contribuyan a la creación de riqueza de formas que sean éticas y sostenibles. Y la cuarta es *social*. Una escuela efectiva está situada en el corazón de una comunidad fuerte. Por medio de programas de acercamiento a la comunidad, del trabajo con adultos y de la colaboración con padres y familias, las escuelas deben fomentar el espíritu y la práctica de la vida y la responsabilidad comunitarias.

Como podrá comprobar enseguida, Richard Gerver es un educador excepcional cuyo trabajo en centros escolares muestra que el valor de ofrecer una educación personalizada y a la medida no es solo una teoría. Su libro prueba que este es el mejor, y a mi modo de ver, el único, modo práctico de hacer realidad los talentos de todos nuestros estudiantes y de ayudarles a hacer frente a los desafíos reales que tienen planteados.

El libro se compone de dos partes. En la primera, Richard Gerver presenta su perspectiva sobre las fuerzas más amplias que contribuyen a moldear la educación en estos primeros años del siglo XXI. Sobre este telón de fondo, en la segunda describe exactamente cómo él y su equipo transformaron una escuela en decadencia en Inglaterra, y vieron que en unos pocos años evolucionaba desde el abandono y la desesperanza hasta alcanzar el éxito a nivel local y el aplauso internacional.

Bajo todo lo que Richard Gerver dice y hace subyace una fe profunda y llena de optimismo en las grandes cualidades que esta generación de jóvenes aporta a la escuela. A mi modo de ver, resulta incuestionable que este optimismo sobre las posibilidades humanas constituye un factor esencial en su extraordinario éxito en el aula como maestro y en la escuela como director. Su transformador trabajo con la Escuela Primaria Grange constituye también un ejemplo muy persuasivo de cómo funcionan en la práctica los principios de personalización y de adaptación de la educación a medida, para enorme beneficio de los alumnos, del profesorado, de madres y padres y de la comunidad más amplia en torno al centro. Estos son los principios que cuentan.

Cada escuela es distinta y cada niño es especial. De ahí que no exista un modelo único de este nuevo paradigma educativo que surta efecto en todas partes. Este es el quid del presente libro. La tarea de los educadores consiste en aplicar estos principios de forma creativa en sus propias comunidades, con el fin de descubrir lo que funciona mejor en su propio aquí y ahora. Es el único enfoque didáctico que realmente sirve y el único que ha servido siempre. En este apasionado relato de primera mano del viaje de un maestro y una escuela, Richard Gerver muestra tanto las formas en que esto es cierto como las razones por las que es así.

Sir Ken Robinson

Octubre 2009



La Escuela Primaria Grange transformó su perspectiva del aprendizaje

Introducción

Un imperativo moral

Nuestra educación comienza en el momento de nuestra concepción y moldea a la persona en que nos convertimos, la vida que vamos a llevar y el impacto que tendremos en los demás. Seguramente constituye la parte más importante del desarrollo humano. Tanto si nos gusta como si no, de forma consciente o inconsciente, hasta el momento de exhalar nuestro último aliento estamos aprendiendo, experimentando, creciendo y procesando información.

La educación reglada, es decir, nuestra escolarización, representa la parte más potente de nuestra experiencia estructurada y, por tanto, constituye un imperativo moral absoluto, que aquellos de nosotros que somos responsables de ella como padres y como maestros debemos tener siempre presente en nuestro pensamiento y en nuestro corazón.

Recientemente, un bocadillo de salchicha, lo que en mi pueblo llamamos un *sausage cob*, me proporcionó una de esas vivencias, un momento de lucidez y de comprensión profunda. Yo iba camino de Aberdeen para dar una charla sobre liderazgo a unas cuantas pymes. Mi viaje comenzó en el aeropuerto de mi zona, donde, a las 5.45, mis necesidades eran muy simples: ¡quería un bocadillo de salchicha! Así que, con gran determinación y con la claridad de propósito que solo el hambre puede proporcionar, me dirigí a la cafetería. Se me iluminaron los ojos al ver la barra, tras la cual había una pirámide de salchichas crujientes, brillantes, cuidadosamente colocadas justo al lado de un montón de deliciosos panecillos blancos recién horneados... ¡Si existe algo parecido a un cielo de la comida, estaba claro que yo había dado con él!

Cuando me tocó el turno, con la boca que se me hacía agua ante la idea de aquel regalo que me iba a conceder, me encontré con Billy, un joven del que cualquier antiguo maestro se sentiría orgulloso. Tendría unos 19 o 20 años y ya había conseguido alcanzar el puesto de supervisor superior de atención al público, lo sé porque lo decía en su identificación. A Billy se le daba bien su trabajo. No es solo que fuera supervisor, sino que era un supervisor con cinco estrellas doradas en su haber por servicio a los consumidores. Billy

sonrió y me preguntó qué deseaba. Conteniendo la respiración de impaciencia, pedí mi capricho carnívoro tanto tiempo anhelado. Fue en ese momento cuando mi experiencia gastronómica empezó a torcerse.

Billy tomó aire por entre los dientes de esa forma en que saben hacerlo los jóvenes, marcando así que mi petición podía no ser tan simple como yo había asumido. Por desgracia, mi impresión demostró ser correcta. “Lo siento mucho, señor”, me dijo con una sonrisa profesional muy entrenada, “aquí no servimos bocadillos de salchicha”. Ligera-mente confundido, lo miré a él y luego dirigí la vista por encima de su hombro izquierdo, hacia la montaña de salchichas bajo la luz del calentador. Después de hablar un poco más, Billy, amablemente, accedió a ir a la cocina y preguntarle al encargado de la comida para llevar si podía venderme un sándwich de salchicha. Al parecer, el problema era que la caja registradora solo aceptaba un desayuno inglés completo o bocadillos de beicon. Pocos minutos después, Billy volvió con un aire de gran seguridad y me dijo que le parecía que podría resolver “mi problema”. ¡No podía venderme un bocadillo de salchicha, pero podía venderme una salchicha y pan!

Billy era una persona realmente simpática, amable y bien formada. Había aprendido su oficio y aplicaba sus conocimientos a la perfección. Conocía las reglas y se atenía a ellas. Demostraba estar comprometido con su trabajo y claramente deseaba hacerlo bien. Era un gran producto de nuestro “sistema”. Sin embargo, no estaba preparado para lidiar con el cambio, con una desviación de la norma, eso lo descolocaba. En muchos aspectos, Billy es el ejemplo perfecto de un joven educado en el modelo educativo actual. Era eficiente en los aspectos técnicos, pero le faltaban las habilidades esenciales que necesitaría para florecer verdaderamente en el mundo en el que habita ahora y en el que continuará madurando. Mi primer pensamiento mientras estaba allí en la cola junto a la caja registradora, con una salchicha en un plato en la mano derecha y un panecillo en la izquierda, fue: “Ay, Billy, ¿qué te he hecho?”.

A lo largo de los últimos cien años aproximadamente, hemos aprendido bastante bien a enseñar a nuestros chicos. Hemos desarrollado modelos de una notable eficacia para la educación masiva que han llevado el aprendizaje y las oportunidades al “pueblo”. De hecho, podemos mirar hacia atrás con orgullo y contemplar un sistema que contribuyó a la era industrial. Sin embargo, nos hemos aferrado a nuestro propio éxito como sociedad y nos hemos dormido en los laureles: hasta cierto punto hemos caído en la trampa clásica que espera a todo proyecto que funciona, trampa que consiste en disfrutar de los beneficios y dejar que la estructura se cuide de sí misma. De ahí que nuestro modelo educativo haya permanecido en gran medida inalterado. Los expertos han llegado y se han ido, las teorías y el pensamiento han evolucionado y se han puesto en práctica, pero en realidad el núcleo central del sistema ha cambiado muy poco.

Por eso nos encontramos ahora en unos tiempos difíciles y estimulantes en los que muchos profesionales de la educación sienten la necesidad profunda de que el sistema se transforme, necesidad compartida por muchos padres o personas que van a tener hijos en un futuro. Los líderes del mundo empresarial piden a gritos que la gente joven desarrolle destrezas no contempladas por el actual sistema de enseñanza, las comunidades se desesperan ante la actitud desconectada y ausente de muchos de sus jóvenes y, en general, parece haber una gran confusión sobre lo que puede hacerse. Estamos entrando en una de las fases más importantes de nuestra historia global, con desafíos dirigidos no solo contra nuestro propio tejido social, sino también contra nuestra existencia misma como especie y contra el planeta en que vivimos. Grandes pensadores y pragmáticos de todo el mundo no solo comparten la opinión de que nuestro sistema educativo es culpable del problema hasta cierto punto, sino que también mantienen con optimismo que la educación contiene el potencial para desempeñar un papel esencial en el éxito futuro.

Uno de los problemas más significativos a los que nos enfrentamos es que como sociedad, como profesores y como padres, hemos experimentado una progresiva pérdida de capacidad de acción, que a veces nos ha dejado en un estado de desesperanza, preguntándonos qué se puede hacer, por dónde empezar, cómo acometer los cambios que son tan urgentes. Muchos miran a los gobiernos, a los expertos, a los académicos y estrategias para que nos den las respuestas, las reglas para un nuevo modelo que ponga las cosas en su sitio. Los jóvenes viajan por el sistema educativo con esa misma pérdida de capacidad de acción, conscientes de su falta de relevancia y de propósito, de manera que todos compartimos la misma confusión.

A comienzos de 2001 tuve el privilegio de que me eligieran para el viaje más importante de mi vida profesional: fui nombrado director de la Escuela Primaria Grange, situada en la frontera entre Nottingham y Derby, dos ciudades de la región central de Inglaterra. Como padre y como maestro, yo sentía las mismas frustraciones que compartimos muchos de nosotros, y se me concedió la oportunidad de explorar y desarrollar mi pensamiento compartiéndolo con la comunidad a la que se vincula el centro. Aprovechando sus opiniones, habilidades, conocimientos y compromiso, entre todos fuimos capaces de elaborar una nueva perspectiva para nuestros alumnos que abordaba los retos a los que debe enfrentarse el modelo educativo en general.

En este libro deseaba compartir algunas de esas reflexiones y cómo Grange llevó a la práctica una gran parte de ellas, con lo que consiguió crear una comunidad de aprendizaje dinámica y vibrante que ha atraído el interés de personas de todo el mundo. Antes de que yo abandonara el centro a finales de 2007, habíamos recibido a visitantes de más de cincuenta países, incluyendo los Estados Unidos, Rusia, Australia e Irán, todos a la busca de modelos que les ayudaran a transformar sus escuelas.

Cuando me hice maestro, me uní a la profesión con una conciencia profunda de su sentido, un imperativo moral. Quería preparar a los niños y niñas a mi cuidado para su futuro y hacerlo de forma dinámica, estimulante y provechosa. Cuando hablo con compañeros de profesión, veo que esa aspiración es ampliamente compartida. Ese ánimo es el que siempre me ha guiado y es el que aporté a mi trabajo en Grange. Este libro es mi forma de expandir esa visión, esa pasión, mi forma de explicar de dónde procede y, en última instancia, de describir su puesta en práctica.

Con ese fin, el libro se compone de dos partes. La parte 1 explora mi visión de la educación y las graves cuestiones que debemos empezar a resolver. La parte 2 relata la historia de la Escuela Primaria Grange y presenta algunos elementos de la perspectiva y del modelo que diseñamos para transformarla en el lugar mágico en que se ha convertido para sus alumnos, su personal y su comunidad.

Parte 1

El desafío

Capítulo uno

La educación en un mundo cambiante

La necesidad del cambio

“El mañana pertenece a quienes se preparan para él”.

Proverbio africano

¿Podría usted hacer una lista de las cosas existentes en la actualidad que no existían hace veinte o treinta años, cuando éramos niños? Sería una lista larga y variada. Incluiría no solo tecnología, sino también programas de televisión, libros, situaciones mundiales, cambios culturales, formas de trabajar. Si la ampliáramos más hacia atrás, para incluir a la generación de nuestros padres y abuelos, sería casi infinita. El mundo cambia segundo a segundo, incluso “nanosegundo a nanosegundo”. Este es un término relativamente nuevo, con lo que ya he iniciado mi lista.

En lo que me ha llevado escribir esta frase, nuevos descubrimientos e inventos han contribuido a cambiar el mundo en que vivimos. Hace treinta años, ¿cuántos de nosotros podrían haber previsto el surgimiento de internet y el efecto que habría de tener en nuestras vidas? ¿Quién podía prever que la capacidad del ordenador de un teléfono móvil sería mayor que la de la computadora que se usó para dirigir las misiones espaciales *Apolo*?

Hace poco encontré una cita que subraya la rapidez del cambio y la falta de habilidad que hemos tenido a la hora de calibrar esa velocidad. En 1949, una revista norteamericana llamada *Popular Mechanics* (*Mecánica Popular*) publicó un artículo de fondo en el que se proclamaba, con cierto dramatismo, que en el futuro los ordenadores pesarían menos de tonelada y media.

Desde el primer sistema educativo de la época victoriana hasta nuestros días, el modelo y la reflexión que lo sustenta han variado poco, así que en muchos aspectos la escolarización se está haciendo cada vez menos relevante.

La enseñanza y el concepto de educación en masa seguramente deben tener por objeto preparar a nuestros hijos para que lleven vidas productivas cuando sean ciudadanos

adultos. Como padre, quiero que mis hijos vivan una vida feliz y provechosa y que contribuyan de forma positiva al mundo que les rodea. Espero que su vida escolar les equiepe para los desafíos del futuro y que les ayude a cultivar las habilidades y modos de comportamiento que les permitan florecer a mediados del siglo XXI y más allá.

Para que las escuelas puedan hacer frente a estos retos con éxito, deben tener claro cuál es su papel, así como cuáles son los patrones de las necesidades futuras. Claro que esto se convierte en un territorio peligroso. Actualmente no somos capaces de predecir el futuro de forma más certera de lo que lo hacíamos hace cincuenta años, como demuestra el artículo de la revista citada anteriormente. El mundo que habitarán nuestros hijos cuando sean adultos está tan lejano del que nosotros habitamos como el nuestro respecto al de nuestros padres, si no más.



Los alumnos deben desarrollar destrezas informáticas

¿Cómo podemos preparar a los chicos para un mundo que aún no existe? Algunos defienden, y lo han defendido durante generaciones, que hay que ceñirse a las certezas, que hay que seguir mejorando el modelo tal como es, tal y como ha sido siempre. Vivimos en un mundo en el que volvemos continuamente al pasado en busca de consuelo y estabilidad. Los buenos tiempos de antaño siempre serán eso, hayamos nacido cuando hayamos nacido y fueran esos buenos tiempos cuando fueran. Hay muchas cosas en nuestro modelo de aprendizaje que son vitales para asegurar el éxito de la empresa, pero la dificultad radica en saber cómo encajarlas hoy día y con qué.

Algo sabemos sobre el futuro y sobre lo cambiante de nuestras vidas. Una gran parte gira en torno al trabajo y a las formas de desarrollar la actividad laboral, lo que resulta crucial. Por ejemplo, el paisaje financiero de nuestro mundo ha cambiado y sigue cambiando. Eso nunca ha estado tan claro como durante los acontecimientos que comenzaron a producirse hacia finales de 2008, cuando el impacto de la crisis económica mundial comenzó a dejarse sentir sobre todos nosotros. Los problemas tendrán un efecto profundo en el mundo laboral.

Por ejemplo, según el informe de *Annual Business Inquiry* de 2006, el porcentaje de gente que trabajaba en el sector de Servicios Financieros y Anexos (FRBS por sus siglas en inglés) era el 21,2 % de la mano de obra total del Reino Unido. En Nueva York, esa cifra alcanzaba el 25 %, y en Londres, el 33 %. Algunos comentaristas han predicho que para fines de 2009 el desempleo en el sector FRBS podría llegar hasta el 20 % en todo el planeta. ¿Qué efecto puede tener eso en las ideas tradicionales de seguridad laboral y en las formas de trabajo?

El continente asiático, que se ha convertido en la base manufacturera del mundo, posee la clave para gran parte de los futuros patrones de empleo en el planeta. China acaba de rediseñar su sistema educativo, con un nuevo “plan de estudios nacional” creado para avivar las llamas de su crecimiento industrial, de forma que pueda generar empleados bien centrados, productivos y con altos niveles de eficiencia técnica. Ese plan de estudios es claro y está orientado de una forma similar a la que desembocó en el establecimiento de nuestros sistemas de educación de masas a finales del siglo XIX.

Con anterioridad, la mayor parte de la enseñanza formal en el Reino Unido estaba vinculada a la Iglesia. La escolarización era limitada y solo accedían a ella en el sector privado las personas acaudaladas. Eso cambió con la Ley Forster de Educación Elemental de 1870, que abrió la puerta a la provisión de escuelas para la gran mayoría de niños y niñas de edades comprendidas entre 5 y 10 años, quienes estaban obligados a asistir por ley. Una nueva ley en 1880 insistió en la educación obligatoria, exigiendo asimismo que cualquier niño de menos de 13 años que estuviera trabajando contara con un certificado para demostrar que había alcanzado el estándar educacional.

Las leyes que siguieron, hasta la Ley Fisher de 1918, ampliaron la escolarización universal obligatoria hasta los 14 años. A medida que el modelo evolucionaba durante la primera mitad del siglo XX, se fue centrando en proporcionar una educación a los alumnos con el fin de prepararlos para desempeñar nuevos papeles en la creciente fuerza de trabajo, que vivió la transición desde una economía basada en la agricultura hasta una impulsada por la industria.

Para 1944 y la Ley de Educación Butler, ya se estaba diseñando el sistema que constituye la base del modelo que vivimos la mayoría de nosotros cuando éramos niños. Definía

el corte entre Enseñanza Primaria y Secundaria y, de forma significativa, el sistema tripartito, que generó el concepto de *grammar schools* para los dotados académicamente, y otros dos tipos llamados, respectivamente, escuelas “técnicas” o escuelas *secondary moderns* para aquellos que no superaban las pruebas de selección.¹

Desde el inicio, la ley de 1944 resultó polémica, con acusaciones de elitismo por un lado mientras otros alegaban que concedía a jóvenes de cualquier extracción social la oportunidad de disfrutar de una valiosa educación académica, un privilegio hasta entonces disponible solo para los ricos. En ciertos aspectos, esa ley fue el origen de muchos de los debates que siguen aún abiertos hoy día y que han obstaculizado el desarrollo objetivo y real de nuestro modelo educativo.

Este es un tema al que volveré más adelante a lo largo del libro, pero considero importante reconocer que compartimentar la educación y a los niños en dos campos puede que beneficiara nuestro desarrollo nacional durante la revolución industrial y el período de nuestra hegemonía industrial, como parece que está sucediendo en China en este momento. El modelo educativo surgido de la era victoriana y de la Ley Butler se centraba intensamente en las necesidades del momento y generaba dos tipos claramente separados de futuros trabajadores: operarios manuales y empleados no manuales, para cubrir nuestras necesidades profesionales y atender al crecimiento industrial, respectivamente.

También aseguraba que nuestro modelo siguiera rindiendo homenaje a la tradición académica británica de estudio e investigación iniciada en el siglo XII con el surgimiento de las universidades de Oxford y Cambridge. Durante siglos, la educación ha evolucionado muy poco, pero hasta cierto punto ha reflejado las necesidades de la sociedad. A lo largo de muchas generaciones, y en particular desde el período de posguerra, muchos han sostenido que la enseñanza se ha centrado de manera desmesurada en lo académico, que ha sido demasiado estrecha y que ha reaccionado con excesiva lentitud ante los cambios del mundo al que sirve, y es en este punto donde tenemos que comenzar: es necesario pasar revista al mundo actual y a los mundos futuros más allá de la escuela.

Cuando los niños y niñas que comienzan su vida escolar en este momento alcancen la edad de la jubilación, habrán trabajado para entre 18 y 25 organizaciones y compañías

¹ El llamado sistema tripartito ofrecía tres tipos de centros: las *grammar schools* impartían asignaturas muy académicas como literatura, los clásicos y matemática superior. Las escuelas llamadas *secondary technical school* estaban pensadas para la formación de científicos, ingenieros y técnicos, y con ese fin debían impartir asignaturas científicas y mecánicas. Las escuelas *secondary modern school* ofrecían formación en habilidades prácticas destinadas a personas que fueran a desempeñar trabajos de menor especialización o a ocuparse del cuidado del hogar. En la práctica, por la lentitud en la implementación de la Ley Butler y por la falta de fondos, el sistema llamado tripartito se componía solo de dos posibilidades, las *grammar schools*, para los alumnos mejor dotados académicamente, y las *secondary modern schools*, para el resto.

Este sistema operó en Inglaterra y Gales desde 1944 hasta la década de 1970 y en Irlanda del Norte desde 1947 hasta 2009, aunque en determinadas zonas perviven algunos elementos, sobre todo algunas *grammar schools*. (Nota de la T.)

diferentes, comparadas con las cuatro o cinco en las que han trabajado quienes se retiran ahora. La razón de esto es que las empresas ya no buscarán a gente comprometida a la que formar y dirigir durante toda la vida, gente que se desarrolle de forma simultánea a la organización para la que trabaja, para lo bueno y para lo malo, en los buenos tiempos y en los malos. Lo que querrán será emplear cada vez a más gente con contratos breves, que desarrolle áreas clave de los planes de expansión de esa empresa y que luego se vaya a otro sitio a medida que cambien las necesidades y planes de esa organización.

También es interesante destacar que el porcentaje de graduados universitarios que seguían buscando trabajo “de nivel universitario” a comienzos de 2009 era aproximadamente del 30 % y que las empresas más solventes afirman cada vez con más frecuencia que un grado universitario con las mejores calificaciones ya no constituye uno de los requisitos principales para la selección de personal.

Esta información nos ayuda a comprender la naturaleza del desafío. El mundo de nuestros hijos será aún más incierto que el nuestro. El rápido desarrollo de la globalización y de las comunicaciones significa que el mundo va a estar cada vez más fragmentado, más descentralizado, y que será cada vez más despersonalizado. Puede que esto nos llene de temor. Muchos de nosotros tal vez nos desmoralicemos y nos aferremos desesperadamente a “aquellos buenos tiempos” con la esperanza de poder revertir esas tendencias.

La realidad es que eso no va a suceder y, en muchos aspectos, la razón de que el futuro nos parezca tan duro es que se trata de un mundo para el que no nos han preparado, un mundo en el que no nos sentiríamos cómodos. No es que sea peor necesariamente, pero es muy distinto y eso nos resulta inquietante. Lo fundamental es que se trata de un mundo en el que nuestros hijos se sentirán a gusto y en el que estarán preparados para vivir su vida. Debe ser un mundo que ellos sientan que les pertenece, un mundo en el que se sientan capacitados y en el que puedan crecer y desarrollarse.

Es fascinante observar que cada vez más gente alza la cabeza por encima del parapeto y comienza a darse cuenta de cuáles son los desafíos del mañana. En 2006, un profesor de Tecnología del instituto Arapahoe High School de Denver (EE. UU.) se dispuso a crear una presentación con diapositivas para el personal con la intención de animar el debate sobre el mundo en el que vivirán nuestros hijos cuando sean adultos.

Ese profesor se llamaba Karl Fisch y la presentación se convirtió en *Shift Happens (El cambio sucede)*, que durante 2007 recibió más de cinco millones de visitas en portales de vídeo como YouTube. Eso por sí mismo nos permite constatar algo sobre el presente, por no decir nada sobre el futuro: vivimos ya en un mundo en el que pensamientos e ideas se pueden extender por todo el planeta en cuestión de segundos, ideas que en un plazo de horas pueden convertirse en temas importantes de debate a escala internacional.

Entonces, ¿qué tipo de personas tendrán que ser nuestros hijos? Por encima de todo, necesitarán niveles altísimos de confianza en sí mismos, tendrán que ser adaptables, capaces de utilizar su creatividad natural, y conscientes de sus propias fortalezas y debilidades. Deberán tener cada vez mayor conciencia de sí mismos a nivel emocional e intelectual, además de ser capaces de establecer relaciones de manera rápida, efectiva y a menudo “virtual”. Hay muchos que afirman que el espíritu emprendedor será un ingrediente vital en nuestros jóvenes, tanto para su propio éxito como para la estabilidad futura de nuestra economía.

Mientras reflexiono sobre estas habilidades y competencias, siento que a mí me faltan muchas de ellas. Me pregunto, por ejemplo, cuántos de nosotros tenemos la confianza necesaria para compartir con otros cuáles son nuestras fortalezas y si tenemos una idea adecuada de cómo utilizarlas en diferentes contextos. También me pregunto cuántos de nosotros tenemos la confianza en nosotros mismos necesaria para compartir las cosas que no se nos dan tan bien y, lo que puede resultar más difícil, si sabemos cómo utilizar esas debilidades para obtener el mejor resultado, en vez de ocultarnos tras ellas sin más.

Las preguntas clave, por tanto, son: en su estado actual, ¿nuestro modelo persigue de manera explícita el desarrollo de esas habilidades vinculadas con la inteligencia emocional? ¿Está cumpliendo la función para la que se diseñó, es decir, preparar a nuestros hijos para los retos de su futuro?

Hace poco pasé cierto tiempo en China, concretamente en Shanghai, con su tecnología, su asombrosa arquitectura y su empuje imparable hacia el futuro, y en una ciudad industrial llamada Hefei, situada a unas dos horas en avión desde la primera. Aunque no me parece que el modelo chino sea válido para nuestro futuro, sí nos sirve para explicar el pasado y debería ayudarnos a comprender nuestros siguientes pasos.

Como ya he comentado, el sistema educativo en China fue diseñado y está dirigido con una eficiencia increíble: aulas de 60 alumnos, que asisten a clase hasta seis días y medio por semana y que en Secundaria dedican hasta cinco horas cada noche a los deberes. El programa de estudios se prescribe a nivel nacional, de manera que cada niño o niña en cada escuela trabaja en la misma página del mismo manual cada día. Las clases son de tipo magistral: a los alumnos se les da enormes cantidades de información hora tras hora para que la procesen, con descansos para hacer ejercicios formales en masa.

Curiosamente, el inglés es una asignatura central. A los doce años, la mayor parte de los estudiantes son capaces de hablarlo con fluidez. También se asignan a sí mismos nombres ingleses, ¿por qué? Porque saben que hablar inglés no dejará de proporcionarles ventajas a la hora de competir en el futuro. Ese modelo puede inspirar un asombro reverencial en muchos aspectos, pero en otros resulta aterrador. Cumple exactamente lo que anuncia: prepara a sus niños y niñas para que sean capaces de existir con gran eficacia en la vorágine industrial que es China hoy día.

Sin embargo, a los alumnos no se les educa de manera explícita para que piensen por sí mismos ni para hacer preguntas críticas o para crear de manera profunda y sostenida. En muchos aspectos, ese no es el objetivo del sistema porque no es lo que se necesita para la mayoría en este momento, de cara a que la nación prospere. Mi experiencia me ayudó a comprender un poco nuestro propio pasado y por qué nuestro modelo ha funcionado durante generaciones. Sin embargo, sentado en aquellas aulas, percibía lo estrecho del aprendizaje y en particular del desarrollo personal de los alumnos. No parecía existir una visión del desarrollo de la persona, centrada en ayudarla a descubrir lo que la hace única y especial y luego nutrir esas cualidades distintivas.

Volví de China con sentimientos encontrados y con numerosas preguntas basadas en mis vivencias. Ese país ha creado un modelo educativo que está situado en el núcleo de su proyecto como país. Surge de una cultura basada en el concepto de una nación, de un pueblo que trabaja unido por un objetivo único. Ver y sentir esto fue una experiencia poderosa y en ocasiones profunda y me permitió comprender el sentido del sistema que están poniendo en marcha. Me dejó con la pregunta de cuál es nuestra visión de futuro como país y cómo impulsa nuestro sistema educativo. No estoy seguro de que tengamos una visión y, por tanto, no hay nada que impulse nuestro modelo de educación. Puede que ahí radique un desafío más amplio.

Durante los últimos treinta años hemos aplicado políticas de corto plazo para producir efectos a corto plazo. La escuela se considera el vehículo para disipar los miedos de la opinión pública con respecto a todos los males sociales: delincuencia, racismo, abuso, corrupción financiera, crisis ecológica. El sistema ha identificado zonas valiosas y muy necesarias que habría que desarrollar y ha generado políticas que se espera que se ajusten alrededor de la principal filosofía existente, que sigue estando basada en los modelos tradicionales del período anterior a la Segunda Guerra Mundial.

En la última década, por ejemplo, se han creado políticas en torno a los conceptos de creatividad, disfrute, seguridad infantil y personalización, muchas de las cuales han resultado difíciles de aplicar de forma continuada en los centros escolares y han carecido de impacto real. Me temo que la razón es que enredar con cosas que tendrían que estar en el núcleo como si fueran detalles accesorios no va a funcionar nunca. Por eso es por lo que debemos mirar al futuro con lucidez y confianza y redefinir el propósito de la escolarización.

Nuestros hijos no van a acceder a un mundo en el que encuentren trabajos que encajen en dos sencillas categorías: obreros manuales o empleados no manuales. Tampoco van a encontrar un mundo que necesite simplemente alumnos académicamente buenos o alumnos que no lo son. Irónicamente, fue en China donde una experiencia concreta me obligó a reformular mi aspiración como educador y quizá mi visión para nuestro futuro, debido a un encuentro en una escuela secundaria en Hefei que tuve hacia el final de mi viaje.

En general, los maestros entraban en aulas que parecían auditorios con bancos, los alumnos saludaban haciendo una reverencia y agradecían a los maestros que compartieran su sabiduría y su conocimiento, escuchaban sin interrumpir ni cuestionar y luego volvían a repetir la inclinación ritual. Hacia el final de mi visita, estaba sentado en un aula donde los chavales esperaban con una expectación que yo no había sentido antes, había un ambiente de excitación. Entró cojeando un maestro anciano y lleno de arrugas, por lo menos tendría setenta años. Los alumnos se quedaron en silencio respetuosamente, el viejo se dirigió lentamente a la parte delantera de la clase, se inclinó ante los alumnos y dijo: “Queridos alumnos, gracias por asistir a mi clase de hoy. Espero que algo de lo que voy a compartir hoy con vosotros os resulte significativo y relevante”. A continuación, procedió a impartir lo que fue, para los estándares chinos, una sesión muy interactiva y dinámica, al final de la cual volvió a inclinarse ante sus alumnos y les agradeció su implicación e interés. Lentamente, se dirigió a la puerta arrastrando los pies y les fue dando las gracias de manera individual a medida que salían. Un poco perplejo por el carácter de esa clase y por la progresista y en ocasiones conmovedora experiencia, le pregunté a ese profesor por las razones de su enfoque didáctico. ¡Su explicación no se me olvidará nunca!

“Cada día me coloco ante estos jóvenes, que me miran con sus caras llenas de expectación y de esperanza, con su energía que irradia por el ambiente viciado de esta clase. Al mirarlos, pienso en mi interior que en algún pupitre en esta aula podría estar sentada la persona que encuentre la cura para el cáncer, o la solución para lograr la paz en el mundo. Podría ser la persona que componga la siguiente gran sinfonía que conmueva a la humanidad. Podría ser un futuro líder, médico, enfermero, maestro, medallista olímpico. No lo sé, pero lo que sé es que están ahí y mi trabajo es identificar y nutrir ese talento, no solo por su propio beneficio, sino por el posible beneficio de otros. ¿Existe una responsabilidad mayor o una oportunidad mejor que esa? Me considero afortunado, por eso es por lo que les doy las gracias”.

Las palabras de este anciano resumen para mí por qué es un error que sigamos buscando un modelo educativo cuya función esencial sea crear gente que se ajuste a los empleos disponibles. Ese fue el modelo que funcionó en un momento de nuestra historia y es el modelo que funciona en China en la actualidad. Nunca ha sido perfecto, ni lo será. Deja fuera de la ecuación a demasiadas personas con muchos intereses y habilidades fascinantes y valiosos, y, por tanto, las vuelve inseguras con respecto a quiénes son y cuál puede ser su papel en la vida.

En el presente y en el futuro, donde la vida se desarrolla de manera tan rápida y tan impredecible, lo único que sabemos es que tendremos que desarrollar nuestra especificidad y nuestras capacidades individuales. Tenemos que ser capaces de concluir la escuela con el bagaje necesario para enfrentarnos a un mundo que seguirá necesitando personal académico, profesionales, técnicos y trabajadores manuales, pero que también va a necesitar gente capaz de inventar las nuevas profesiones y formas de trabajar que sencillamente todavía no existen. Por esa razón tenemos que diseñar un sistema que pueda generar personas capaces de hacer que los empleos se ajusten a ellas.